

Soberbia: susceptibilidad y desubicación¹

Una mujer humilde y decidida

1. El plan de Dios que se expresa en las Escrituras siempre fue que la salvación llegara a todas las naciones. *Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad*, escribe san Pablo a Timoteo². *Mi casa será casa de oración para todos los pueblos*, anunció el profeta Isaías³. Pero esa salvación *universal* debía de llegar primero al pueblo elegido. Antes que a nadie, Cristo vino para redimir a las ovejitas descarriadas de la casa de Israel como acabamos de escuchar en el evangelio⁴. Es por eso que, en un primer momento, el Señor se resista a atender los ruegos de esa mujer extranjera que se cruzó en su camino.

Al dirigirse a ella, el Señor emplea ciertamente una expresión un tanto oscura y de difícil interpretación: *No está bien quitarles el pan a los hijos para echárselo a los perritos*. Quizás su dureza se podría suavizar algo ya sea por el gesto del Señor o por la inflexión de la voz o por otras circunstancias, pero parece claro que la frase era, por lo menos, incómoda; si es que no ofensiva. Y, sin embargo, *la cananea*, como la llama san Mateo, no se arredra. Ella sabe qué terreno pisa. Quiere la curación de su hija y con una encantadora tenacidad femenina, insiste hasta lograr su objetivo. No le importa resultar inoportuna o indigna (por su condición de extranjera) ante los discípulos y audazmente supera todas las dificultades hasta lograr su objetivo.

Su petición a Jesús es un precioso ejemplo de fe y de perseverancia. Pero yo quisiera que nos fijáramos hoy especialmente en su *humildad*. Y, más en concreto, en un rasgo que inmediatamente se percibe en el diálogo que acabamos de presenciar. Esta buena mujer no tiene nada de *susceptible*. No es en absoluto *sentida*, como solemos decir en México. La susceptibilidad es una de las múltiples manifestaciones de la soberbia, por la que una persona frágil emocionalmente, es demasiado sensible y delicada, propensa a darse por ofendida ante cualquier pequeñez, quisquillosa, latosa.

La cananea con toda humildad hace a un lado su propia persona ante el bien superior que está de por medio: la salud física y espiritual de su querida hija. Y con notable ingenio, responde: *Es cierto, Señor; pero también los perritos se comen las migajas que caen de la mesa de sus amos*. Aunque el texto no lo consigne expresamente, es evidente que esa rápida y atinada observación conmueve el corazón del Maestro: *Mujer, ¡qué grande es tu fe!*

Un poco de examen

2. ¿Cómo andamos nosotros de susceptibilidad? Formando a uno de sus primeros hijos espirituales, escribió san Josemaría en Camino: ***No me seas tan... susceptible. –Te***

¹ Homilía en el domingo XX de tiempo ordinario, ciclo A.

² 1 Timoteo 2, 4.

³ Primera lectura, Isaías 56, 7.

⁴ Mateo 15, 21-28.

hieres por cualquier cosa. –Se hace necesario medir las palabras para hablar contigo del asunto más insignificante. No te molestes si te digo que eres... insoportable. –Mientras no te corrijas, nunca serás útil⁵.

Una persona realmente humilde acepta con sencillez que la corrijan, no se enfrasca en esos interminables enredos interiores que tantas veces quitan la paz y llenan de amargura a las personas susceptibles. Y que en la mayor parte de los casos no tienen más entidad que la del amor propio herido y desorbitado.

¡Cuántas veces en la vida nos comportamos como la rana de la fábula! (La Fontaine). Se cuenta que una rana estaba tranquilamente en su estanque, hasta que un buen día se acercó a beber un buey. Ella era muy pequeñita, apenas del tamaño de un limón, pero deslumbrada por la grandeza de aquel animal y queriendo envidiosamente ser como él, se empezó a hinchar. Preguntó a sus compañeras: –¿Qué tal?, ¿ya lo conseguí? –No, le respondieron. –Te falta mucho. Y así, se hinchó y se hinchó, hasta que reventó. ***La soberbia*** –predicaba san Josemaría– ***es el peor de los pecados y el más ridículo⁶***. Y si no estamos atentos se nos cuele por todos lados, desubicándonos por completo.

Las manifestaciones son incontables: ***El orgullo de preferir la propia excelencia a la del prójimo; la vanidad en las conversaciones, en los pensamientos y en los gustos; una susceptibilidad casi enfermiza, que se siente ofendida ante palabras y acciones que no significan en modo alguno un agravio⁷***. Con cuánta sabiduría enseñaba san Agustín: *Si ustedes me preguntan qué es lo esencial en la religión de Jesucristo, les responderé: lo primero es la humildad, lo segundo, la humildad, y lo tercero, la humildad⁸*.

La obra maestra de Dios

3. Ayer, al celebrar litúrgicamente la Asunción de la Virgen, se nos ofrecía un hermoso contraste entre la Reina llena de gloria que entra en cuerpo y alma a los cielos y la humilde mujer de Nazaret que cumple cada día sus deberes ordinarios. ¡Qué modelo de sencillez, de ubicación, de profunda humildad nos ofrece la vida de María! Es la obra maestra de Dios y en ningún momento “pierde el piso”. *Convencida de su pequeñez, nada la distrae de Dios; mantiene su corazón en vela, pronta en cada momento a alabar y adorar a Quien, desde la eternidad, la ha mirado con predilección y la ha escogido para una misión excelsa⁹*. Aprendamos de María a estar ubicados y a no permitir que una susceptibilidad tonta nos quite la paz interior.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 16 de agosto de 2020.

⁵ San Josemaría, *Camino*, n. 43.

⁶ San Josemaría, *Amigos de Dios*, n. 100.

⁷ *Ibid.* n. 101.

⁸ San Agustín, *Espístola*, 118, 22.

⁹ Beato Álvaro del Portillo, *Como sal y como luz*, n. 103.

